

LA LEYENDA DE LA QUININA

Por JOSE SANZ Y DIAZ

En todos los tiempos el paludismo ha sido un azote de la humanidad. En Tierra Santa la enfermedad de las fiebres palúdicas se conoció desde los tiempos más remotos. En el "Deuteronomio" la fiebre figura entre las plagas más terribles y es el azote más duro con que Jehová castigaba a los hombres. Varios textos del Antiguo y Nuevo Testamento describen los efectos de la fiebre palúdica o malaria, aunque sin darle este nombre. La localizaban en lugares cálidos e infectados de mosquitos, al borde de los pantanos. También la temieron grandemente los griegos y los romanos. En los primeros siglos de la Era Cristiana y en la Edad Media diezaba con frecuencia a los ejércitos y a los pueblos en guerra, siendo objeto en los tiempos modernos de los más exquisitos cuidados, dentro de las grandes organizaciones higiénicas de que dispone la sanidad en todos los países.

Gran número de documentos indican que en la antigua Grecia las fiebres eran una plaga muy temida. Aseveraciones de los filósofos y poetas griegos al respecto nos dan la prueba más clara, sin contar los escritos sobre la medicina de esta época, si bien tales obras son difíciles de consultar. Las primeras relaciones de orden no científico se encuentran en la "Ilíada" de Homero, cuando el gran poeta nos habla de la canícula, al decir que el sol "es un astro deslumbrador, pero de signo funesto, ya que aporta una fiebre ardiente a los miserables mortales".

Cardamatis admite que la enfermedad que infectó el ejército griego delante de Troya tuvo que ser la malaria, causada por lo insano del lugar en que se libraba la batalla al borde del mar; eran marismas bajas y pantanosas llenas de calor húmedo y pestilente.

Hacia la mitad del siglo V, parece ser que el médico y filósofo Empedocles trató del paludismo en la ciudad de Selinonte, que se alzaba en la isla de Sicilia, mandando desecar las marismas y los pantanos, atravesándolos con corrientes de agua que higienizaban la estancada, propicia como se sabe al desarrollo de las larvas de los mosquitos.

En fin, serían muchos los testimonios de la existencia de tan terrible enfermedad que podríamos traer aquí desde varios siglos an-

tes de Jesucristo, cuando la malaria era enfermedad endémica en gran parte del imperio grego y del romano, si bien esta fiebre palúdica es más difícil de descubrir en testimonios escritos de la Italia antigua, quizá porque los países en que imperaban los romanos no fueran tan propicios a la reproducción del mosquito que produce el paludismo. En el Museo de Louvre de París vemos el cuadro de Le Guide, "Hércules combatiendo a la "hidra de las siete cabezas", que no es otra cosa que la terrible enfermedad febril que se reproducía de siete en siete fechas. Debido a ello se llevaron a cabo por los ingenieros romanos inmensos subterráneos o alcantarillas en las ciudades del Latium, provincia de la Campaña romana que, con sus tierras pantanosas del Lago Pontino, constituía una de las partes de Italia más asoladas por la malaria. Estos trabajos se hicieron indispensables por la humedad continua del suelo, que provenía sin duda de que las Colinas de la Campaña romana constituyen una especie de tierra volcánica porosa que absorbe toda el agua pluvial. La importancia de estos trabajos enormes en aquella época muestran bien a las claras el miedo tan considerable que tenían al paludismo, enfermedad que no lograron vencer ni con ayuda de la diosa Febris, cuyo culto estaba muy de moda. El parentesco etimológico entre Febris y fiebre salta a la vista.

Años más tarde los romanos desecaron la Velabra, que estaba situada entre el Capitolio y el Monte Palatino, construyendo la Chocca Máxima que primitivamente no fue más que una simple obra de drenaje y que todavía sirve para los fines con que fue construida.

Ni en la época del mayor apogeo de Roma pudieron vencer completamente al paludismo, recrudeciéndose la terrible enfermedad en las luchas del imperio romano al trasladar su sede a Bizancio. Subió en intensidad cuando los Ostrogodos destruyeron los acueductos en los asedios de Roma, completando la ruina de la Campaña romana. Los alrededores de la capital del Imperio recibieron entonces el hombre de "regiones de la pestilencia", según refieren escritores clásicos como Cicerón y Tito Livio. Añaden que las tropas galas y germánicas sufrieron los azotes de esta enfermedad mortal en los alrededores malsanos del Vaticano, que eran entonces terrenos cubiertos de agua estancada y donde se respiraba un aire insalubre. Estas tropas, que resistían mal el calor, sintiéndose atormentadas por la fiebre se arrojaban al Tiber para encontrar bienestar en su frescor, con lo cual contraían las consecuencias más funestas. Actualmente existe todavía una barriada en Roma que se llama "Valle del Infierno"; hasta hace poco su población sufría fiebres intermitentes.

Al comienzo del siglo VI decreció súbitamente la malaria, coincidiendo el hecho con el fin de las incursiones de bandas extranjeras en Italia y con la introducción de las mejoras económicas, llevadas a cabo por el Orden de los Benedictinos. En la Sacristía de la Basílica de San Pedro en el Vaticano hay un cuadro del siglo XIV representando la Virgen de la Fiebre, a la que invocaban sin cesar los atacados. Según los cronistas de la época, obró infinitos milagros en una capilla al pie del Monte Mario, situada al norte de la ciudad y llamada "Capella di Santa Maria della Febre". Gregorio XIII la hizo transla-

dar al lugar donde hoy se halla, cuando la ermita fue demolida al comienzo del siglo XVII.

Se puede seguir la existencia de la malaria en diversos países de la época medioeval, ya que grandes personajes la padecieron y por ello se menciona en libros y documentos que relatan aspectos locales de la historia universal.

En Holanda, por ejemplo, el célebre pintor Alberto Durero (1471-1528) sufrió la malaria durante su viaje a la provincia de Zelanda. Todavía se encuentra en el Museo de Brémen un dibujo a pluma del citado maestro representándose él mismo, desnudo de medio cuerpo y señalando con su dedo índice de la mano derecha el lugar del abdomen en el que una mancha amarilla indica el sitio doloroso. Encima del dibujo, Durero escribió estas palabras: "Do der gelb fleck ist und mit dem finger drawff deut, do ist mir we". Quería decir, que la mancha amarilla que indicaba con el dedo, era el lugar en que le dolía. Se supone que este dibujo acompañó una carta enviada a su médico de Nuremberg, ilustrando la descripción de su enfermedad y pidiéndole consejo para aliviar sus sufrimientos.

En Inglaterra hubo en la Edad Media epidemias graves de paludismo; la de los años 1557 y 1558, fue de las más famosas. Oliverio Cromwell, entre muchos otros, murió enfermo de fiebre el año 1658, en Whitehall.

En el siglo XVII la lucha contra el paludismo fue asunto de primera importancia para Europa, según prueban las numerosas tentativas y empresas llevadas a cabo para importar al Viejo Continente corteza de quinina, cuya acción febrífuga conoció el mundo gracias a España, a sus hombres de ciencia y a sus misioneros de América del Sur.

Conocido es históricamente que españoles fueron los que importaron la quinina en Europa. Se admite generalmente la fecha de la primera importación llevada a cabo en 1640. Tuvo lugar de esta manera: En 1638, don Juan de Vega, médico del Conde de Chinchón, Virrey del Perú, curó a la Virreyna de las fiebres intermitentes que padecía con cierta cantidad de quinina que le había enviado el Gobernador de la Provincia de Loja, ciudad hoy de la república del Ecuador. La Condesa se restableció, regresando a España en la primavera de 1640, llevando con ella una provisión importante de tan precioso medicamento, con el fin de distribuirlo a los enfermos de los dominios de su marido y para que al mismo tiempo la conocieran en Europa.

Desde entonces la corteza de la quinina molida se llamó "Polvo de la Condesa" y con tal apelativo permaneció largo tiempo en el comercio farmacéutico de la época. Un médico español, el doctor Villarroel, asegura que unos misioneros españoles que habían practicado la medicina en América del Sur, la introdujeron en España en 1632 y que fue ensayada por primera vez en 1639 por uno de estos sacerdotes en Alcalá de Henares.

De lo que no hay duda es de que las propiedades de la corteza de quinina no fueron conocidas de los indios antes de la llegada

de los españoles a América, aunque Le Condamine, que visitó Loja en 1737, y lo mismo José de Jusseu, dejaron escrito que, tras de haber escuchado numerosos relatos de los indios más viejos de las tribus de América del Sur, sacaron la consecuencia de que habían estado algunas tribus familiarizadas con las propiedades de la quinina antes del descubrimiento de América. Pero ello está en desacuerdo con Markham, reputado por su conocimiento de la historia del Perú, quien dice que sus pesquisas en la farmacopea indígena le hacen asegurar que el remedio de la quinina era desconocido de los indios en la época de los Incas. Efectivamente, en la larga lista de remedios empleados por los indios no se menciona la quinina por ningún autor, ni por el Inca Garcilaso ni por el Padre Acosta, pues de haber existido hubiera tenido alguno de ellos noticia en el bagaje verbal de los médicos y hechiceros ambulantes del país, cuya ciencia infusa se transmitía de padres a hijos a lo largo de los siglos.

El Barón de Humboldt, insigne explorador, asegura que el descubrimiento de las propiedades curativas de la quinina se debe exclusivamente a los españoles, quienes la llevaron a Europa. Misioneros jesuítas descubrieron por casualidad el gusto amargo de la quinina y la emplearon contra la fiebre, al igual que otras sustancias amargas. Al comprobar sus efectos favorables como excelente febrífugo, por medio del Gobernador de Loja se la ofrecieron a la Condesa de Chinchón, Virreyna del Perú, como ya hemos dicho, que estaba gravemente enferma con fiebres malignas.

Después de 1640 el nuevo fármaco se extendió rápidamente por el mundo civilizado, a través de los informes secretos de los diplomáticos y de los Legados pontificios. En 1642 ya había estudiado a fondo y científicamente sus efectos el doctor don Pedro Barba, catedrático de la Universidad de Valladolid, quien recomendaba en una obra impresa el empleo del polvo de la quinina contra la fiebre. La obra en cuestión se llamaba "Vera praxis de curatione tertianae". Es decir, que se puede considerar al doctor Barba como el introductor científico de la quinina en el mundo.

También hay que decir que gracias a los misioneros españoles de la Compañía de Jesús el empleo de la quinina se expandió por el mundo en un lapso relativamente breve de tiempo. A instancias de un jesuíta español, el Cardenal Juan de Lugo, el Papa Inocencio X dió las órdenes oportunas para que los médicos de Cámara del Vaticano analizaran minuciosamente la naturaleza y los efectos del polvo de quinina, aunque con posterioridad a los ensayos científicos del Profesor Barba en Valladolid. Los doctores de Roma confirmaron los resultados favorables obtenidos por sus colegas españoles con el empleo del nuevo medicamento y lograron importar del Perú en 1649, por medio de los Conventos o Colegios de la Compañía, cantidades importantes de quinina, que repartían a los lugares más diversos de la tierra por medio de los padres misioneros que partían de Roma. Entonces, la quinina tomó el nombre de "Polvo de los Jesuítas" y de "Polvo del Cardenal".

Aún parece que se conserva en la farmacia del Hospital del

Espíritu Santo en Roma una serie de frascos o recipientes del polvo de quinina, llevando tres de ellos las inscripciones siguientes:

"Peruviae collecta novis Chinconius oris occipit a servo pharmaca febrifuga"

Quiero decir que el Conde Chinchón, Virrey del Perú, recibió de una esclavo la febrífuga recogida en las costas del país.

Otro de los frascos lleva escrito:

"Aegrotat Limae coniu: Chinconia febrim cortice mirando pocula tineta fugant"

Que traducido libremente entendemos así: la Condesa de Chinchón estando enferma en Lima mira una copa que contiene la maravillosa tintura de corteza que corta la fiebre. El dibujo muestra a la Virreyna del Perú mirando una copa que contiene extracto de quinina.

El tercer frasco lleva esta inscripción:

"Purpureus pater his solatur in aedibus aegros Delegus Limae cortice febrifugo"

O lo que es lo mismo: El Padre vestido de púrpura (el Cardenal Juan de Lugo) consuela o cura a los enfermos de esta casa (el Hospital del Espíritu Santo) por medio de la corteza febrífuga de Lima.

En 1692 los jesuitas residentes en China facilitaron la droga medicinal al Emperador K'Ang Hsi, que padecía de fiebres, de una extraña enfermedad que minaba su cuerpo (que debía ser la malaria) y mediante la quinina curó en poco tiempo, quedando muy agradecido a los misioneros españoles.

Tal es la historia legendaria de la quinina, descubierta por los españoles en Indias y que tan grandes beneficios produjo desde entonces a la humanidad. Una cosa más que el mundo debe a España y que por ello hemos querido recordar aquí.